

## Jacques Lacan: de un solo golpe

---

El tiempo transforma los hechos en valores, compone una teodicea donde el azar recibe el orden retroactivo que imponen los significantes.

—¿Qué pasa con el psicoanálisis y la represión política en la Argentina? Fue la primera pregunta que recibí de Jacques Lacan, aquel 21 de enero de 1977, en la ocasión de una visita a 5, rue de Lille.

Era una sorpresa, aunque el hecho de encontrarme allí no era ajeno a la última dictadura instaurada por los militares en la Argentina.

Traté de explicar, gracias a la mediación de una amiga que ofició de traductora, la perspectiva del momento: el psicoanálisis que se había difundido con el nombre de Jacques Lacan, se diferenciaba del llamado freudomarxismo, que había sufrido una represión directa. Aunque, expliqué, Oscar Masotta también se había tenido que exiliar.

Jacques Lacan me preguntó los nombres de algunos de los habían sido perseguidos, repitió varias veces los que le fui dicién-

\* Publicado en *La lettre mensuelle*, N° 102, París, septiembre 1991.

do, y se detuvo por sus particularidades. Uno de los apellidos era italiano, otro polaco. Le dije algo sobre la inmigración: la versión local de la IPA con el monopolio de la época, la ruptura provocada por la izquierda política, el polo alternativo fundado por Oscar Masotta con el apoyo de los psicólogos y de algunos que rechazaban la formación oficial.

—¿Qué se proponía la Escuela de Buenos Aires?

Yo sabía que Oscar Masotta había presentado su proyecto a Jacques Lacan en 1975, pero estábamos en 1977: él no vivía más en la Argentina y muchas personas se habían exiliado. El paisaje cultural era otro, los hilos que tejían la red de difusión anterior a la dictadura se habían cortado. La Escuela era una isla, un refugio que sobrevivía porque su lenguaje se había vuelto bífido, extraño para los represores.

Algunos se habían desplazado del freudomarxismo a los grupos lacanianos<sub>2</sub>, habían vuelto al diván como un mal necesario.

Los sueños de política sanitaria que habían surgido a la sombra del sueño de la revolución política<sub>2</sub>, estaban silenciados.

Nuestra Escuela quería afirmar cierta dignidad, cierta continuidad en la actividad institucional. Cierta enseñanza del psicoanálisis.

Creo que no me atreví a decir nada sobre la formación de los analistas, pero insistí en el hecho de que las posiciones de cada grupo estaban más ligadas al origen profesional de sus integrantes, que a diferencias sobre el psicoanálisis.

—¿Cuál era mi posición?

Había concluido un análisis, había firmado la propuesta de fundación de la Escuela hecha por Oscar Masotta, había formado parte de la dirección de la revista, había enseñado a grupos privados, y había publicado dos libros sobre psicoanálisis.

En ese momento esperaba, inquieto y perplejo, el tiempo de la traducción de mis palabras, y sostenía esa mirada que estaba allí.

Después de todo, desde el encuentro con Masotta, mis intereses intelectuales —como se dice— estaban orientados por el proyecto de saber de qué hablaba Jacques Lacan. La lectura de *Ecrits* ordenaba mis encuentros con la literatura y la poesía francesa, la extensión hacia la filosofía y la lingüística, tanto como las referencias a otras culturas y otras épocas. Se trataba de aprender a leer el francés —nadie pensaba en hablarlo—, incluso algo de alemán porque Jacques Lacan desdeñaba las traducciones de Freud.

¿Por qué Oscar Masotta había generado en nosotros ese deseo de saber?

La invención del padre era algo que ocupaba a más de uno, era la invención de una referencia en medio de la desolación producida por el hecho de que no compartir las solidaridades que nos parecían ya entonces de una ingenuidad dolorosa.

Había llegado a Jacques Lacan porque alguien —el secretario de la Escuela Freudiana de París— me había dicho que estaría muy bien que le explique lo que ocurría en la Argentina.

Acepté, el secretario arregló por teléfono una cita para el día siguiente. ¿Cómo respondería?

Oscar Masotta me contó que había asistido en Londres a una conferencia de Jacques Lacan en 1975, animado por la curiosidad de saber como era él, antes de presentarse en París. Al escuchar el inglés de Jacques Lacan, decidió que le sería más fácil hablarle en esta lengua.

No sé si se dio a conocer en ese momento, pero sé que en ese momento decidió ir a París a contar lo que *habíamos hecho* en Buenos Aires. A Masotta le gustaba emplear el plural mayestático.

Por mi parte, no tenía nada de eso y sólo podía esperar que el inconsciente me sacara del paso. Le diría a Jacques Lacan lo que surgiera en ese momento.

—¿Cuántos médicos tenía la Escuela? Respuesta: no los con-

té. Pero son minoría, aunque eran la mayoría entre los que fundamos la Escuela.

Le expliqué, en respuesta a una pregunta suya, que venía de la literatura, que me había interesado por el psicoanálisis durante mi análisis, etcétera.

Sabía por analistas franceses que algunos exiliados argentinos presionaban para que ellos se pronunciaran sobre la represión política. Pero no sabía que eso también incluía a Jacques Lacan. Un momento después lo supe: "Somos urgidos a pronunciarnos ... ¿cuáles serían las consecuencias para la Escuela de ustedes?"

Le dije que no podía responder, pero sabía que la única consecuencia que se podía esperar eran represalias. Hice un gesto de resignada perplejidad. Después de un silencio, su mirada estaba de nuevo allí. Concluyó la entrevista.

Sonrió, le dijo una galantería a mi amiga, y repitió con tono de pregunta *literatura, literatura* –palabra que había usado para nombrarme. "Vengo de la literatura", le había dicho. Era menos patético que decir que vengo de la Argentina.

En una agenda de aquel año guardo algunos pasajes del curso de febrero 1977, escritos en español por otra amiga. Leo algo referido a lo que no progresa, a lo que da vueltas sobre sí. Pero leo también que haber hecho un análisis demuestra que no se vuelve más al mismo punto.

¿Qué decir de este encuentro? Queda el respeto, el extraño respeto producido por un ser que se mueve en otra dimensión. Las manos enfrentadas, las puntas de los dedos que se tocan, las manos que giran lentamente hasta que las palmas quedan invertidas concluyendo en el aire una banda de Moebius, mientras la voz dice que la resistencia no separa, sino que une la conciencia y el inconsciente.

Sin duda no se trata de un progreso, pero existe un antes y un después de Jacques Lacan. Es lo que digo, ahora, con alegría.